

***Don Luis José de Tejeda y Guzmán. Peregrino y ciudadano.*
Olga Beatriz Santiago. 2011. Buenos Aires: Biblos, 369
páginas.**

La figura de Luis de Tejeda y Guzmán ocupa un lugar destacado en las historias de la literatura argentina, revestida por el aura inaugural que fueron adquiriendo algunas de las primeras manifestaciones líricas que se produjeron durante el siglo XVII, desde el proceso de sistematización que la crítica literaria emprendió con ese numeroso y complejo corpus de obras producido durante el período colonial, al menos desde los trabajos pioneros de Ricardo Rojas a comienzos del siglo XX. Precisamente, gracias a los estudios de Rojas, quien le dedicó al autor un espacio importante en el primer volumen de “Los coloniales” de su *Historia de la literatura argentina* (1917-1922) y contribuyó a la divulgación de su obra a partir de la publicación de *El peregrino en Babilonia y otros poemas* (1916), la producción de Tejeda comenzó a circular en ediciones relativamente más accesibles que ampliaron el círculo de lectores del poeta cordobés. Con posterioridad, se sucedieron otras importantes ediciones de sus textos: las *Coronas líricas. Prosa y verso por Luis José de Tejeda*, realizada por Enrique Martínez Paz (1917), y la más ponderada de todas, la edición crítica de Jorge Furt, realizada a partir de la anterior, la versión del *Códice Cabrera* y la manuscrita conservada en el convento de carmelitas descalzas de Córdoba, donde se restituye el título que poseía la portada original: *Libro de varios tratados y noticias* (1947). La publicación de Furt, que presenta la totalidad de textos del autor, en edición facsimilar y con un aparato crítico erudito, favoreció la gestación de nuevos trabajos interpretativos sobre la hasta entonces poco conocida obra de Tejeda.

El libro de Olga Beatriz Santiago que hoy reseñamos se inscribe en esta trayectoria crítica acotada y la supera con creces. A partir de un conocimiento minucioso de su corpus de estudio –en el orden filológico–, de las particularidades generales del contexto sociohistórico de emergencia en el mundo colonial hispano –y en el cordobés en particular– y una recomposición de filigrana de la cultura letrada que infiltra con sutileza –a veces de manera insospechada– los avatares de la escritura criolla de Tejeda, la autora nos propone una lectura absolutamente original, en relación con la tradición previa de interpretaciones sobre este corpus, e indiscutiblemente estimuladora, para repensar a futuro los nuevos abordajes

sobre el autor.

En principio, debemos aclarar que el volumen es una versión abreviada de la tesis doctoral de Olga Santiago, defendida en la Universidad Nacional de Córdoba bajo la dirección de Danuta Teresa Mozejko, quien prologa la edición que manejamos. Dividido en una “Introducción” y dos partes, el volumen arriesga una lectura integral del *Libro de varios tratados y noticias*, empleando numerosas estrategias de análisis tendientes a sobreimprimir en su lectura una de las hipótesis más orgánicas del trabajo, aquella que subraya la unidad compositiva del conjunto de textos que integran esta obra de Tejada. De esta manera, Santiago rompe amarras con toda la tradición crítica existente sobre el escritor cordobés, la cual –con mayor o menor insistencia– había acentuado los matices híbridos del corpus, debido a la existencia de una pronunciada heterogeneidad discursiva, que dotaba a la obra de su carácter misceláneo; o, inclusive, había arriesgado afirmaciones que veían el conjunto textual como mero borrador con posible intervención de otras personas, a lo largo del dificultoso proceso de fijación y circulación textual que sufrieron con frecuencia las obras del período colonial.

En la primera parte de este estudio, se realiza una serie de breves introducciones de carácter contextual sobre aspectos relevantes para poder comprender en profundidad la producción de Tejada, como sujeto inserto en una sociedad de Antiguo Régimen y habitante de Córdoba, una pequeña ciudad en la periferia colonial española. Con esta finalidad, Santiago presenta problemáticas nodales que aparecen de manera latente en la obra del autor: la tensión sociopolítica que se genera en torno a la figura del criollo, como caja de resonancia de las rígidas jerarquías estamentales de la sociedad colonial y la administración del Imperio español; las dificultades de adscripción e inestabilidad identitaria del criollo y sus todavía disímiles alternativas de incidencia social efectiva, durante el siglo XVII; y, por último, las peculiaridades del Barroco en América y sus reformulaciones de orden artístico e ideológico, que redefinen una nueva tirantez entre metrópoli y colonia en la actuación subalterna del letrado criollo. En esta última figura, precisamente, puede observarse el trasvasamiento capilar de varios de los conflictos antes señalados, que pueden ser comprendidos desde la estética del “pliegue” que Gilles Deleuze descubre como principio operativo del Barroco, donde: “Al modo de anverso y reverso de un mismo gesto, el artista criollo se

revela en su obra como un vasallo leal y un buen cristiano que colabora en la promoción y vigencia de los principios imperiales y, a la vez, como un hombre docto y de ingenio agudo que busca rebatir los argumentos sobre la inferioridad del hombre y la tierra natal” (30).

Los capítulos restantes de esta sección introducen aspectos del funcionamiento sociopolítico de la ciudad de Córdoba en el siglo XVII. Para ello, la autora destaca las variables satelitales que contribuyeron a la ubicación privilegiada de esta población: como la existencia del Colegio Mayor, único ámbito de expedición de títulos de la región administrado por los jesuitas y centro neurálgico de la cultura letrada local; la presencia de diferentes órdenes religiosas (jesuitas, mercedarios, dominicos y franciscanos) que compartían las tareas ministeriales de la Iglesia; y, además, el accionar de los influyentes vecinos criollos, provenientes de prestigiosas familias de la ciudad, que por entonces ya se encontraban ocupando importantes lugares de gestión en la burocracia colonial, alcanzando incluso notorios niveles de autonomía frente a los controles metropolitanos de la corona.

La familia Tejeda enraiza su presencia en Córdoba desde los propios orígenes de la ciudad, pues el bisabuelo de Luis de Tejeda formaba parte del contingente fundador que acompañó a Jerónimo Luis de Cabrera. En el bosquejo biográfico del autor, Santiago subraya los rasgos que lo definen como vecino cordobés notable. Nacido en 1604, perteneciente a las nuevas generaciones de criollos de una familia distinguida, don Luis José de Tejeda y Guzmán desempeñó diferentes cargos significativos en la esfera local, ya sea en el ámbito de la producción económica, en tanto que fue encomendero y feudatario; ya en la administración citadina, donde cumplió tareas como funcionario real y militar en el Cabildo de la ciudad; e incluso fue responsable del patronato de conventos, pues llegó a ser administrador del monasterio de carmelitas descalzas –inaugurado gracias a las contribuciones de su padre– y, además, del convento dominico de las catalinas que había sido fundado por su tía doña Leonor de Tejeda.

Hacia 1660, Tejeda atraviesa por una sucesión de graves conflictos por enfrentamientos con algunos vecinos de Córdoba, debido a ciertas disputas internas por la gestión del poder local. Enemistado con un grupo de vecinos que logra alejarlo de las riendas del Cabildo y abusando de rol militar que por enton-

ces detentaba, Tejada comete una serie de atropellos contra personas notables por los cuales será destituido e intimado con la prisión. Urgido por esta coyuntura, desprestigiado socialmente y sin la posibilidad de obtener favores o indulgencias, rehuye temporariamente a la justicia hasta que, en 1662, ingresa al convento de Santo Domingo. Allí permanece como novicio dominico e inicia una de las etapas más reveladoras de su existencia, aquella en la cual estará abocado a la escritura. Las traumáticas circunstancias que lo obligan a ingresar a la vida religiosa recalcan en su obra un fuerte carácter confesional, donde la escritura funciona como medio de auto-enmienda moral y social; ya que, como adelanta Santiago: “Teniendo en cuenta su trayectoria social, resulta entonces comprensible que don Luis de Tejada, habiendo perdido su fama de hombre de honor en los últimos años, recurra estratégicamente a la escritura para intentar recuperarla y junto a su configuración religiosa incluya su presentación cívica” (59). Dedicado a la vida religiosa del claustro, muere en el año 1680.

La recuperación de todas estas variables biográficas, sociohistóricas y culturales que intervienen en la producción de Tejada resultan inexcusables, en tanto que son requeridas por el modelo de análisis del discurso de Ricardo L. Costa y D. Teresa Mosejko, que orienta la investigación de la autora. Desde esta perspectiva, la inscripción del sujeto en el discurso propio es interpretada como un proceso de selecciones y operaciones textuales, íntimamente condicionado por el “lugar social” que aquel ocupa y las negociaciones que puede alcanzar ante dicho contexto, y que, en el caso de Tejada y los condicionamientos de escritura de su producción, quedan claramente señalados en la última cita que acabamos de transcribir.

En la segunda parte de la obra, la autora emprende una lectura atentísima de cada uno de los textos –en verso o en prosa– que integran el *Libro de varios tratados y noticias*. Esta opción no ubica al libro de Santiago en los carriles de una mera interpretación detallada de los textos, por el contrario deviene un enorme esfuerzo –que, entendemos, todo el volumen terminará coronando– por encontrar en cada una de las secciones del texto de Tejada argumentos para validar el carácter orgánico, de planificación calculada, que caracterizaría el conjunto discursivo. Esta hipótesis se sostiene, además, en el reconocimiento de una esfera sociocultural mayor que funciona como soporte de las significaciones ensaya-

das; es decir, en el hecho de que, “conforme a los principios estéticos del Barroco, el autor propone al lector un desafío intelectual: el de descubrir significaciones ocultas en el enunciado, el de establecer las relaciones entre distintos planos de significación” (64).

En su exposición, el texto de Santiago postula la estructura del rosario como elemento que organiza y sistematiza formalmente el *Libro de varios tratados y noticias*. La difusión del rezo del rosario en la devoción mariana tiene antecedentes significativos en la promoción que emprendieron los dominicos y la figura de santa Teresa de Jesús, modelo de “camino de perfección” para Tejada. De esta manera, la circularidad del rosario y su emulación de la temporalidad litúrgica, que la escritura remarca con gestos autorreferenciales constantes, aportan en un doble carril de sentidos morales y doctrinales que, de algún modo, permite modular una interpretación donde se estabilizan las figuras de los dos enunciadores del texto de Tejada: el fraile y el pecador. Al referirse a esta reduplicación del enunciador, que guarda correlatos con otros binarismos pronunciados (de tiempos, espacios, de planos de la existencia divina y la terrenal, etc.), presentes a lo largo de los textos, la autora asevera que: “Comprender que el enunciador en las figuras del pecador y del fraile son figurativizaciones de diferentes estados del alma de un mismo yo autobiográfico en distintos tiempos, permite entender los discursos de ambos, y no sólo la parte confesional del pecador como se señala en estudios previos de la obra de Tejada, como partes de una única historia personal” (80).

A lo largo de la presentación de los misterios del rosario, el texto va urdiendo en paralelo la historia de la Virgen –con indiscutible carácter modélico– con la del peregrino –en instancia de expiación–, amplificando las potencialidades del registro fundamental de la oración como mecanismo de redención cristiana. Con un doble destinatario: el divino –ante quien se busca el perdón– y el terrenal –constituido por pares a quienes se intenta alejar del pecado mediante el relato del *exemplum* de vida del enunciador–, la voz reduplicada del enunciador –peregrino que *ayer* se perdió en el pecado y *hoy* como fraile predica la salvación– entrama a su vez dos dimensiones autobiográficas (la espiritual y la cívica), según la original lectura que Santiago repone de manera orgánica en su interpretación. Así, en la obra de Tejada, usufructuando las posibilidades especulares de una figura sen-

sible al arte barroco como es la anamorfis, la acción de escribir-rezar no representa sólo la necesaria utilización de la palabra como vehículo de salvación, por el itinerario del perdón que transita el sujeto pecador; constituye además, en el imbricado juego de ocultamiento y revelación que propone el texto, una suerte de justificación y búsqueda de restitución de la honra perdida para la figura del ilustre vecino de Córdoba caído en desgracia, quien trama en los pliegues barrocos del tratado espiritual su alegato personal criollo. En este punto, no puede dejar de mencionarse que entre las composiciones líricas del *Libro de varios tratados y noticias* se encuentra el soneto escrito en honor a santa Rosa de Lima, primera santa americana, cuya sincera exaltación puede interpretarse como manifestación soterrada de la pertenencia autoral de Tejada al ámbito colonial hispano y a su condición de letrado criollo, amorosamente vinculado a su patria cordobesa, sobre la cual intercala reminiscencias caras a su propia historia familiar, como la fundación del convento de santa Catalina, la llegada de la imagen de santa Teresa de Jesús a la ciudad o la muerte de su padre.

De este modo, el estudio de Santiago se preocupa por ir deconstruyendo, con pulcritud admirable, la trabazón discursiva y los matices que va alcanzando esta simbiosis conceptual entre las figuras del peregrino y del ciudadano superpuestas en el enunciador. En particular, la tarea reporta sus frutos cuando se analiza la reactualización de la cautividad bíblica del pueblo judío en Babilonia, una de las construcciones metafóricas de raigambre dogmático-religiosa y ontológica más importante en el libro de Tejada; la cual aparece dosificada con distintos grados de explicitación a lo largo del conjunto de textos, aproximándose con frecuencia al valor moralizante de la escritura, gracias a la experiencia ejemplar de tintes autobiográficos que el enunciador revitaliza al recordar y narrar la redención de su propia existencia.

En vinculación con lo anterior, justamente otro de los aspectos destacable del libro es el fino trabajo de relectura literaria que repone los vínculos intertextuales y destaca los empleos retóricos del discurso lírico –una instancia vital que nunca se desatiende, mientras avanza el comentario discursivo– con vistas a recuperar los empleos originales de Tejada. En este punto, el rescate del sustrato teológico –de cuño agustino y tomista– permite ir recobrando la manifestación de las numerosas deudas discursivas subyacentes en la obra de Tejada, tanto con

los planteos teológicos de san Agustín –en el caso de su obra doctrinaria– como con sus propuestas literarias –a partir del género autobiográfico de las *Confesiones*–.

Asimismo, la fuerte ascendencia de la literatura mística española, encarnada principalmente en las figuras señeras de santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz y Fray Luis de Granada, determina una textura discursiva donde dichos autores ocupan un lugar destacado como recurrentes hipotextos que se van modelizando, en el nivel dogmático y perlocutivo de la santidad, como ejemplos a seguir, y en el de la escritura religiosa, como paradigmas de la producción dogmática. En el mismo sentido, la intertextualidad con autores españoles como Tirso de Molina; Lope de Vega –cuyos personajes Anarda y Luzinda aparecen implicados en los amores del primer cautiverio del enunciador, en la extensa sección tradicionalmente conocida por “Romance autobiográfico”–; o la recurrencia a tópicos para la descripción de la belleza femenina, heredados de Luis de Góngora, que se emplean al describir a María en el poema “Fénix de amor”, son algunos de los índices de la fuerte vinculación de Tejada con la literatura peninsular contemporánea.

Por otra parte, las intertextualidades bíblicas, especialmente recuperadas a lo largo de la obra, evidencian la cultura letrada cristiana que confluye como parte decisiva en la formación libresca y doctrinaria de Tejada y que, de manera permanente, va orquestando un palimpsesto atiborrado de referencias directas o sesgadas a los libros que componen la *Biblia*. Entre muchísimos otros ejemplos que podrían traerse a colación, el recorrido por la extensa genealogía de María, la sucesión de episodios durante los gobiernos de los reyes hebreos, la cautividad en Babilonia y todos los momentos de las vidas de la Virgen y Cristo –que se van recordando a medida que avanzan las cuentas de la oración, en los misterios gozosos y dolorosos del rosario– facilitan instancias de resignificación escrituraria, donde la aclimatación de la referencia bíblica deviene funcional a los planteos generales que la obra de Tejada persigue como autobiografía espiritual.

Para finalizar, merece destacarse la presencia visualmente clarificadora de los cuadros y las síntesis de lectura que acompañan el libro, donde se van esquemmatizando las lecturas parciales y globales del texto, facilitando tanto el seguimiento de los hilos expositivos de los planteos integrales de la autora como la

recuperación inmediata de la totalidad numerosa y heterogénea de textos trabajados, asumiendo en síntesis el rol del hilo de Ariadna que nos impide perdernos en el por momentos laberíntico volumen de Tejada. Igualmente significativa es la presentación que el “Apéndice” realiza sobre la historia del texto, sus versiones parciales en el *Códice Cabrera* y el *Códice Carranza*, como así también las diversas ediciones posteriores que se publicaron del *Libro de varios tratados y noticias*.

Coherente en sus planteos teóricos y consecuente con la metodología elegida para avanzar en su propuesta de estudio, preocupado por develar en la escritura barroca las opacidades, claroscuros y especularidades de lo que se dice cuando se oculta o cuando apenas se sugiere, con una concienzuda insistencia en el trabajo de lectura –desde la aislada consideración de un verso hasta la interpretación general del conjunto discursivo de la producción de Tejada–, la contribución de Olga Santiago sobre el poeta cordobés en este libro es extraordinaria. Sus aportes desnudan las limitaciones, parcialidades e insuficiencias presentes en los abordajes previos sobre el autor, al tiempo que en su propuesta de análisis literalmente se refunda la obra de Tejada como corpus de la literatura colonial, gracias a ese privilegio que sólo alcanzan algunos trabajos críticos, cuando se convierten en un punto de inflexión que amojona de manera indeleble la tradición crítica que acaba de revisar y el derrotero inaugural que ya está surcando.

Carlos Hernán Sosa

Universidad Nacional de Salta - CONICET